

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
MUSEO DEL PUCARA DE TILCARA

Publicación N.º 1

EL PUCARA DE TILCARA

(Antecedentes, Reconstrucción, Guía)
(3.ª Edición)

por
EDUARDO CASANOVA



BUENOS AIRES
1970



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
MUSEO DEL PUCARA DE TILCARA

Publicación N°. 1

EL PUCARA
DE
TILCARA

(Antecedentes, Reconstrucción, Guía)
(3ª. Edición)

por
EDUARDO CASANOVA



BUENOS AIRES
1970



LA QUEBRADA DE HUMAHUACA Y SUS POBLADORES PREHISPANICOS

La Quebrada de Humahuaca es el camino obligado de todos los tiempos que pone en comunicación las altas mesetas del macizo andino meridional con los valles y llanuras del sur. Ocupa la parte central de la provincia de Jujuy y serpentea de norte a sur bajando desde los casi 4.000 metros en que se inicia, el lugar denominado Ojo de Agua, hasta los 1.200 que tiene frente a la ciudad de San Salvador de Jujuy.

El río Grande la recorre en casi toda su extensión de unos 170 kilómetros y sus aguas fertilizan el fondo de la quebrada que en ciertos lugares, los llamados "angostos", sólo tiene pocas decenas de metros de ancho, en tanto que en otros las montañas que la enmarcan se hallan separadas por dos o tres kilómetros y es allí donde se presentan las condiciones más favorables para poder cultivar la tierra.

El clima va cambiando con la altura. El ambiente subtropical de los alrededores de San Salvador, con lluvias copiosas y vegetación abundante, es sucedido, después de Volcán, por un clima seco y de temperaturas medias no muy elevadas que lo convierten en un agradable lugar de veraneo, sin que en pleno invierno el frío, atenuado por la sequedad, llegue a ser molesto. En la parte superior de la quebrada la vegetación se torna muy pobre y las características generales son las de la Puna, es decir las de un clima continental excesivo.

Toda la quebrada, así como las más pequeñas que en ella desembocan, ofrecen paisajes de ensueño, en los que el colorido variado de los cerros y los raros aspectos

que la erosión les ha dado se combinan con las caprichosas formas de los cardones para atraer la atención del viajero.

El nombre de Humahuaca u Omaguaca ha sido interpretado de diversas maneras e incluso se discute si es realmente quichua. En un documento de fines del siglo XVI se consigna que "en su lengua quiere dezir cabeça de thesoro". Lo indudable es que al momento de la conquista el término, como genérico, fue aplicado a los indígenas que habitaban esta extensa zona y que se subdividían en tribus, cada una de las cuales tenía su propia denominación. Es de señalar también que no fueron éstos los primeros pobladores del lugar, ya que las investigaciones, de los últimos tiempos, han demostrado que varios miles de años antes cazadores muy primitivos ocuparon parte de la comarca y tierras de la Puna.

Los Humahuacas pertenecían a la raza andina, caracterizada por una estatura más bien baja y que en su caso oscila alrededor de 1,58 metros. Los cráneos encontrados no son uniformes y se afirma la existencia por lo menos de dos tipos. La deformación artificial que predominaba era la tabular oblicua, aunque no faltan los tabulares erectos; esta costumbre daba a sus cabezas aspectos muy particulares.

El conocimiento de su cultura nos lo proporcionan dos tipos de fuentes que contribuyen con aportes muy dispares. El primero lo constituyen los documentos de la época de la conquista, que son escasos e incompletos en cuanto a noticias de carácter etnográfico. A pesar de ello tienen gran importancia para comparar sus datos con los que surgen de las investigaciones arqueológicas a las cuales se debe, principalmente, la reconstrucción del patrimonio de estos indígenas, así como el conocimiento de las diversas fases cronológicas por que atravesaron y las vinculaciones que tuvieron con otros pueblos prehispánicos.

Como característica general debe señalarse que los Humahuacas fueron uno de los eslabones meridionales de la gran cultura andina que cubrió el oeste montañoso de América del Sur. Por su posición marginal en el extremo de la zona, no alcanzaron el alto grado de des-

arrollo que tuvieron los pueblos del Antiguo Perú cuyas influencias, más o menos marcadas, pueden observarse en las distintas épocas.

La base material de su existencia fue la agricultura con irrigación y andenes de cultivo, sembraron maíz, patatas, quínoa, etc. Las llamas, hoy prácticamente desaparecidas de la región, eran muy abundantes y servían como animales de carga, así como contribuían con carne y leche al sustento y con su lana y huesos a las típicas manufacturas. Aunque en pequeña escala obtuvieron cobre, estaño, plata y oro que utilizaron para hacer armas, instrumentos y adornos.

Las casas eran de piedra con techos de barro y paja, agrupadas en dos clases de poblados: los pucarás, lugares fortificados, y los pueblos viejos en las cercanías de los campos de cultivo. En la actualidad se conocen más de cincuenta de estos yacimientos arqueológicos. Construyeron, también en piedra, murallas para sus fortificaciones, muros de contención para los andenes y paredes para sepulcros y corrales.

A través de escasos restos materiales, de algunas descripciones de los cronistas y de las representaciones que nos dejaron en sus pictografías y petroglifos es posible reconstruir el vestido que usaron los Humahuacas. Llevaron una especie de túnica, la llamada "camiseta" por los conquistadores y cuyo nombre en el norte era "uncu", que llegaba hasta debajo de las rodillas en los hombres y cerca de los tobillos en las mujeres. Ponchos y mantas los protegían del frío y tenían cinturones tejidos de los que colgaban pequeñas bolsas. Las prendas se confeccionaban en lana de vicuña o llama, teñida en colores fuertes y se ornamentaban con motivos generalmente geométricos. El cabello les bajaba hasta los hombros y se ceñía a la frente con una vincha en los hombres, en tanto que las mujeres lo recogían en una o dos largas trenzas. Su calzado era la "ojota", aún en uso, hecha con cuero crudo de llama y sostenida con tientos del mismo material.

El hallazgo en las tumbas de numerosos brazaletes, anillos, pendientes, cuentas de collares, pectorales, discos, topes, etc., en bronce, piedra, hueso y en menor cantidad en plata y oro, prueban su afición a los adornos, algunos

de los cuales debieron tener valor representativo de mando o jerarquía social.

Los Humahuacas fueron muy laboriosos y sus manufacturas alcanzaron gran desarrollo, especialmente la cerámica, la siguen el trabajo de la piedra, el hueso, la madera y en menor grado la metalurgia. Los objetos de barro cocido constituyen un alto porcentaje del material encontrado en los yacimientos, en algunos casos hasta el 80 %; muchas piezas son toscas, pero las hay también de mejor calidad con decoración pintada, en menor proporción modelada y rara vez incisa. El color predominante en los motivos es el negro, pero aparecen, con menor frecuencia, el rojo y el blanco. La ornamentación es de carácter geométrico, zoo y antropomorfo. Los modelados representan figuras de animales y de hombres, entre las primeras deben citarse, por su abundancia, a las llamas. Las otras manufacturas ocupan un lugar secundario por la menor cantidad de ejemplares, pero hay piezas de extraordinario valor artístico, algunas de las cuales debieron ser traídas de otras zonas y sirven para establecer las relaciones con distintos pueblos, cosa que también ocurre con ciertos vasos de cerámica.

Merece mención aparte, tanto por su perfección como por su significado, el arte rupestre: pictografías y petroglifos. Las pinturas en grutas y abrigos han sufrido el peso de los siglos y, sobre todo, las depredaciones de los visitantes, pero un lugar como Chulín, también conocido por Inca Cueva, en el que aparecen animales pintados con criterio realista, hombres con sus vestidos, adornos y armas en diversas actitudes y aun verdaderas escenas religiosas o guerreras, es un repositorio de valor incalculable. Más numerosos aunque más sencillos son los grabados en las rocas que se encuentran en muchos sitios y cuya conservación es mejor; se destacan: llamas, hombres y figuras geométricas. El conjunto de este arte rupestre nos da una idea de las creencias y anhelos de aquellos lejanos pobladores de la quebrada.

Los Humahuaca se agrupaban en una serie de tribus, tales como los Humahuacas propiamente dichos en la zona del pueblo actual de ese nombre, los Fiscaras en la región de Tilcara, los Purumamarcas en la que-

brada epónima, los Jujuyes en los altos cercanos de lo que es hoy la capital de la Provincia, etc. Cada parcialidad estaba al mando de un cacique y las tribus solían confederarse cuando un peligro común las amenazaba, nombrando un Jefe Supremo, el último de ellos fue Viltipico que intentó, sin éxito, destruir a los blancos que, después de la fundación de San Salvador, estaban dominando todo el territorio.

Estos indígenas fueron valientes guerreros que defendieron sus posesiones contra las invasiones de los pueblos más organizados del norte, contra los belicosos chaqueños y lucharon también entre sí. Su resistencia a la conquista española duró más de cincuenta años y sólo a principios del siglo XVII quedaron definitivamente vencidos y sometidos al sistema de encomiendas.

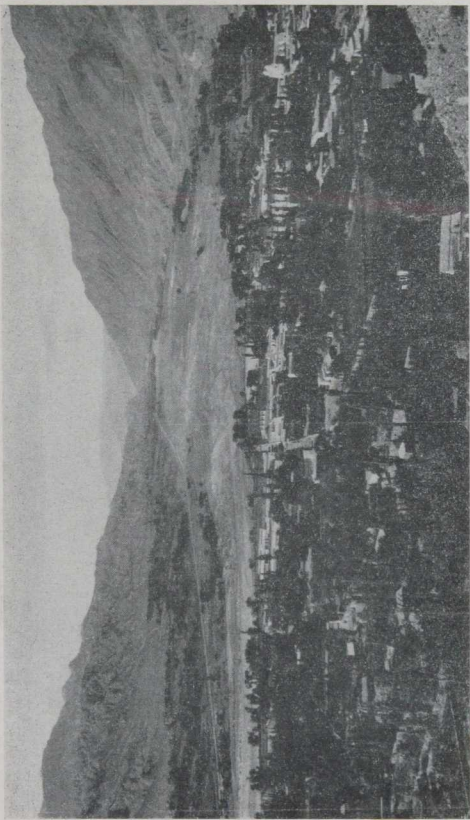
La guerra, nos dice el cronista Lozano refiriéndose a una campaña de los Jujuyes, era cuidadosamente preparada, se convocaba a toda la gente de la comarca, se hacían solemnes sacrificios a los ídolos, se aderezaban las armas y se reunían frecuentes consejos de guerra. Preferían las emboscadas y los ataques por sorpresa y cuando a su vez eran invadidos se refugiaban en sus pucarás que les brindaban las defensas de lo abrupto del terreno y de las murallas por ellos construidas. Práctica muy interesante fue el uso de cráneos-trofeo; cortada la cabeza del adversario, con escoplos y hachuelas se agrandaba el foramen magno y se perforaba un agujero en la bóveda craneana, así preparada la cabeza se alzaba en un palo o se llevaba colgada de una cuerda. Cuando la carne se caía se seguía usando el trofeo reducido a cráneo y era considerado de tanta importancia que se guardaba en lugares especiales, semejantes a sepulcros pero que se diferenciaban de éstos por sobresalir del nivel del suelo.

Los datos concretos sobre su religión son escasos, los cronistas se limitan a consignar que tenían ídolos a los que rendían fervoroso culto y la arqueología confirma la existencia de construcciones en los pueblos que debieron ser templos, a la vez que en las cimas de altos cerros se han descubierto lugares para prácticas religiosas. En la época más antigua hay indicios del culto a las fuerzas de la Naturaleza y a los animales; hacia el

final de su vida independiente, bajo la influencia incaica, fue introducido el culto al Sol y la Luna.

Las prácticas funerarias muestran un profundo respeto a los muertos y la creencia en otra vida en la que se necesitaban los mismos elementos que en ésta. Los cadáveres, con sus vestidos y cuidadosamente envueltos en mantas, eran depositados en sepulcros de piedra o en simples sepulturas cavadas en la tierra. Los entierros se efectuaron dentro de las viviendas y también en cementerios en los faldeos de los pucarás o en las cercanías de los pueblos viejos. En cuanto a los párvulos debe señalarse que unos fueron inhumados directamente, mientras otros lo eran en urnas más bien toscas. Al lado de los restos humanos aparecen ajuares más o menos ricos de acuerdo a la condición del muerto, pero nunca faltan vasijas que tuvieron alimentos, agua y chicha.

Los Humahuacas estaban establecidos en la quebrada y zonas vecinas desde remotos tiempos que pueden referirse al final del primer milenio, sin descartar un período temprano anterior en varios siglos y subsistieron hasta el tiempo de la conquista. Llegaron probablemente desde el norte, con una cultura formada que en el transcurso del tiempo tuvo modificaciones debido a la influencia de otros pueblos, pero sin que ellas pudieran alterar su homogeneidad y características capitales. Los contactos más significativos fueron con Tiahuanaco, especialmente con el período llamado Decadente, con los pueblos chaqueños, con el Incanato y con los españoles. A su vez hicieron sentir su influencia en la Puna y en los valles orientales. A través de su arquitectura, de sus tipos de entierro y del material arqueológico recogido pueden establecerse varios períodos cronológicos que son: el Humahuaca propiamente dicho, que es el más largo y admite varias subdivisiones, el Humahuaca-Inca y el Humahuaca-Hispano.

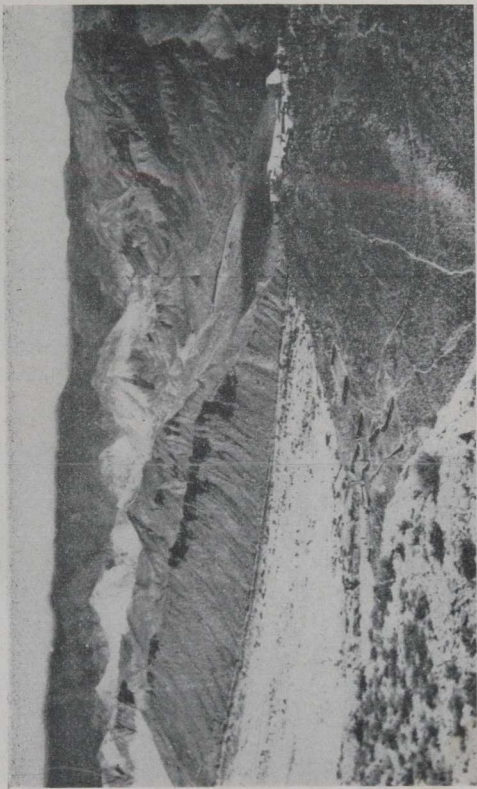


Vista general del pueblo de Tilcara y de la Quebrada de Humahuaca hasta el Angosto del Perchel (Fotografía tomada de sur a norte).

LAMINA II



El Pucará de Tilcara visto desde un alto cerro situado al N. E. Pueden observarse el camino de acceso y las zonas restauradas.



El Pucará de Tilcara visto desde un alto cerro. En el faldeo S. corrales y en la cima viviendas restauradas alrededor del monumento a los arqueólogos Ambrosetti y Debenedetti.



Construcción de las paredes y gradas de piedra de una de las viviendas.



Colocando rollizos y tablas de cardón que sirven de sostén al techo.

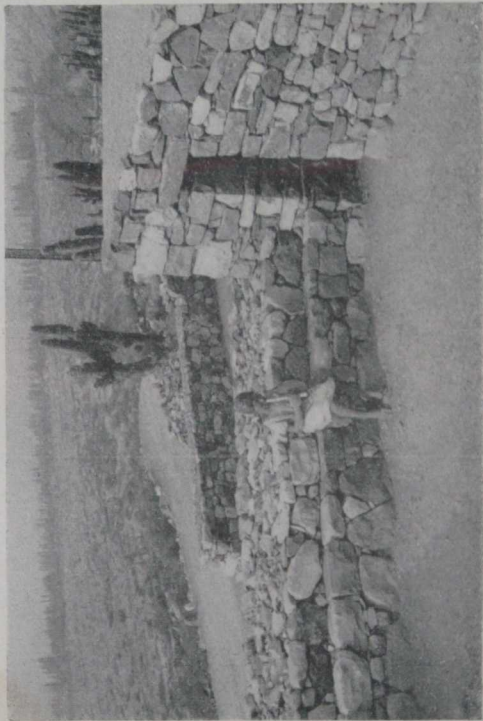
LAMINA V



Sobre las vigas de cardón se dispone una capa de cañas atadas entre sí.



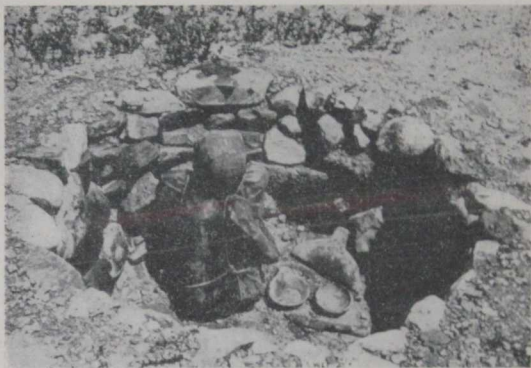
Cubriendo todo la "torta" asegura la impermeabilidad del techo.



En la grada del patio de una vivienda del Barrio del Monumento, se ha colocado la representación, a tamaño natural, de un pequeño indígena tocando la quena.



Escultura en cemento pintado, obra del profesor Joaquín Luque, realizada de acuerdo con los datos que han proporcionado los estudios antropológicos y arqueológicos.



Sepulchro conteniendo la reproducción fascimular de un paquete fúnebre.



Los vasos y otras piezas del ajuar han sido también imitados fielmente.

EL PUCARA DE TILCARA

El Pucará de Tilcara es la más conocida e importante de las antiguas poblaciones prehispánicas de la región Humahuaca. Se halla situado (Fig. 1) en una posición de privilegio en la parte central de la Quebrada, donde ocupa un montículo de unos setenta metros de altura sobre el río Grande, que allí corre a 2.450 m. sobre el nivel del mar. Las ruinas cubren su total superficie de alrededor de quince hectáreas. El Pucará domina un cruce de caminos: la quebrada de Humahuaca lleva por el sur a las ricas tierras de los valles meridionales y por el norte a las desoladas mesetas andinas; la quebrada de Huichairas es por occidente ruta para la Puna y el Guasamayo marca el principio del camino que, trastornando cerros, va a los valles orientales y a las llanuras del Chaco. (Lámina I).

Fue un lugar ideal para defenderse de los ataques que podían venir de cualquier rumbo, por un lado acantilados sobre el río Grande, por otro ásperas laderas y en los faldeos más accesibles tuvieron murallas bien construidas. Sobre éstas apoyaron sus viviendas que, escalonadas, constituían una serie de baluartes los cuales era necesario ir tomando, uno a uno, con grandes pérdidas para los asaltantes que avanzaban al descubierto.

Rodeado por el río Grande, el cauce del Guasamayo y por un pequeño valle en el sur y este, el Pucará semeja un castillo dispuesto a prestar su refugio a los comarcanos a la primera señal de alerta de los vigías instalados en sus atalayas. En su época de esplendor, especialmente cuando el peligro acechaba, debió estar densamente poblado y en sus caminos internos, lugares ceremoniales, casas y reductos bullía la vida en todos sus aspectos. Hoy, varios siglos después que los indígenas tuvieron que abandonarlo, brinda al visitante emociones diversas

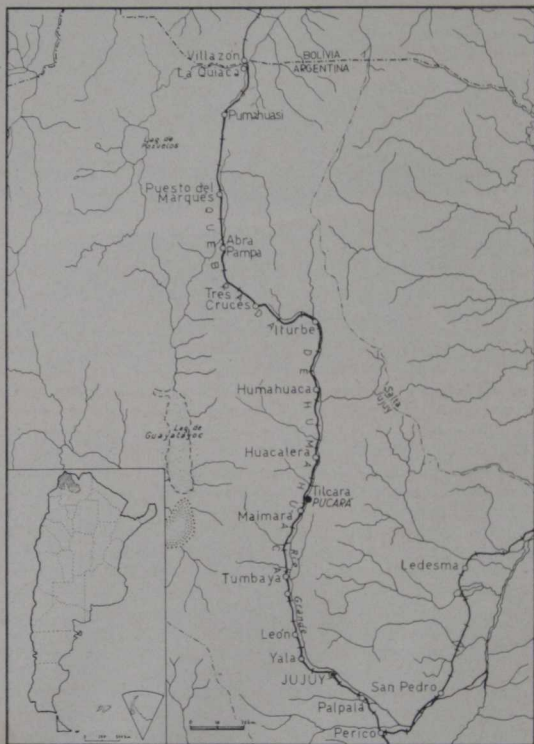


Fig. 1 — Mapa con la ubicación del Pucará de Tilcara en la quebrada de Humahuaca. (Provincia de Jujuy).

que emanan del poder evocativo de la ruina y del magnífico ambiente geográfico en que se encuentra.

El descubrimiento del yacimiento, en su verdadero valor científico, se debe al Dr. Juan B. Ambrosetti, Director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El ilustre hombre de ciencia, en compañía de su discípulo, luego continuador de su obra, el Dr. Salvador Debenedetti, llegó a Tilcara en 1908 en una de sus acostumbradas expediciones arqueológicas. Durante los veranos de tres años consecutivos dedicaron sus afanes a la exploración de las entrañas del Pucará y tanto de sus cementerios como de los sepulcros ubicados en las viviendas extrajeron unas tres mil piezas. Estos materiales junto con las preciosas observaciones recogidas les permitieron formarse una idea de cómo había sido la vida indígena, antes de la llegada de los blancos, en aquella apartada región de la Argentina.

En la última campaña, mientras en lo que parecía ser una estéril ladera cubierta de penca iba surgiendo un conjunto de construcciones, reveladoras del esfuerzo e inteligencia de los indígenas, Debenedetti tuvo la idea de restaurar las ruinas de la antigua población, al menos en aquella zona. Aprobada la sugestión por el Dr. Ambrosetti se procedió a limpiar el terreno en una extensión de unos dos mil metros cuadrados y levantar las paredes hasta una altura de poco más de un metro. Limitado en superficie y características este meritorio trabajo de reconstrucción fue debidamente elogiado por los especialistas y agradecido por los millares de visitantes que en el correr de los años llegaron al Pucará. Debenedetti, sin embargo, no estaba satisfecho y muerto su distinguido maestro, el Dr. Ambrosetti, a quien sucedió en la Dirección del Museo Etnográfico, varias veces se propuso continuar la obra con planes más ambiciosos.

En el verano de 1929 realizó una nueva exploración complementaria del yacimiento, en vísperas de dar a la imprenta la primera parte de su trabajo titulado "Las ruinas del Pucará". Mientras colaborábamos con él, efectuando excavaciones y levantando planos, oímos de sus labios las explicaciones de cómo se proponía llevar a cabo la total restauración de la ruina. Desgraciadamente en

octubre de 1930, cuando sólo tenía 46 años de edad, se produjo su lamentado fallecimiento que dejó frustrada la magna empresa.

Durante casi veinte años el Pucará quedó abandonado, aunque siempre muy visitado y también violado por excavadores clandestinos que mucho mal hicieron a la ciencia. En 1943, al hacerme cargo de la cátedra de Arqueología Americana en la Facultad de Filosofía y Letras, de la que era adjunto desde 1939, consideré que el mejor homenaje que podía rendir a mi gran maestro, el Dr. Salvador Debenedetti, era retomar el proyecto de restauración. La favorable acogida que tuvo la iniciativa por parte de las autoridades universitarias fue alentadora y luego de las gestiones del caso se obtuvo que el Gobierno de la Provincia de Jujuy, por ley 1903 del 27 de agosto de 1943, donara a la Facultad las tierras del Pucará y una parcela vecina, para no sólo reconstruir las ruinas sino también edificar en sus cercanías un Museo Arqueológico.

Luego se empezó la obra, que fue posible llevarla adelante por el empeño puesto de manifiesto, en todo momento, por las autoridades de la Universidad de Buenos Aires, al que se agregó la valiosa colaboración de los gobernantes jujeños y del Ejército. Con el fin de tener reconstruidos, a la brevedad, elementos representativos de la arquitectura pucareña resolvimos trabajar en distintas zonas y los resultados alcanzados en cinco años de labor, no continua, pueden leerse en los párrafos que siguen. (Láminas II y III).

CAMINOS.

En el Pucará existieron numerosos caminos: arterias principales que unían los barrios, otras secundarias que servían grupos de casas y pequeños senderos, desprendidos de la red capital, que llevaban a cada una de las viviendas. Estaban construidos cuidadosamente, sostenidos por pircas propias o utilizando las de las viviendas y suelen estar a alto nivel con respecto a algunas de las zonas que sirven.

La caída de las paredes y el crecer de las plantas espinosas, consecuencia del abandono del pueblo por los

indígenas, borró parte de las rutas, pero las líneas generales eran aún bien visibles en 1908 cuando los primeros trabajos. En 1929, Debenedetti levantó un plano, tarea en la que participamos, que publicó en su obra "Las ruinas del Pucará". En vísperas de iniciarse los trabajos de reconstrucción el topógrafo señor José Luis Alegría efectuó un relevamiento de gran parte del Pucará. Con estas bases se pudieron identificar, limpiar y arreglar 3.500 metros de caminos, en su mayoría pertenecientes a las dos primeras categorías y que tienen un ancho que oscila de 0,80 a 2 metros.

CORRALES.

Al refugiarse en la fortaleza los indígenas llevaban consigo las llamas que constituían su mayor riqueza y para alojarlas construyeron corrales en el faldeo sudoeste. Estaban situados a baja altura y comunicados con el río Grande por un camino, de manera que si conseguían defender ese acceso podían disponer de agua para su ganado. Las pircas se habían conservado con una altura de 60 a 80 cm. pero se derrumbaban al querer agregar las piedras faltantes y hubo que reconstruirlas casi desde su base con los mismos materiales que estaban allí caídos.

Han sido restaurados diez corrales, con capacidad para varios centenares de llamas. Generalmente son rectangulares y sus paredes fueron llevadas a 1,20 de altura y el ancho, indicado por los cimientos, es de 0,80 m. Algunos se comunican entre sí y esas aberturas, así como las que dan al camino, fueron cerradas, cuando estaban en uso, con tranqueras de madera de cardón. En la zona de viviendas hay unos pocos corrales más pequeños que debieron ser utilizados transitoriamente; de este tipo han sido reconstruidos dos: uno en la llamada "Iglesia" y otro en el faldec noreste. Los corrales restaurados ocupan una superficie de 1.000 m², sus pircas miden 750 m. lineales y representan más de 1.000 m³ de piedra.

SEPULCROS.

Durante las excavaciones efectuadas por Ambrosetti y Debenedetti fue localizado, en la ladera oriental, un

cementerio al que denominaron "Necrópolis" y del que extrajeron apreciable cantidad de material arqueológico, así como restos óseos. Después de despejar de plantas espinosas el lugar, lo cual fue tarea larga ya que es una de las zonas en que su manto se presenta más tupido, aparecieron los brocales de los sepulcros con parte de las paredes desmoronadas, semirellenos de tierra y con muy escasas lajas de las que habían servido de tapas. Seguramente éstas en el transcurso del tiempo, habían sido llevadas por los lugareños actuales para utilizarlas en sus casas.

En total se restauraron cien sepulcros, de distintas formas, con predominio de la redonda, y variadas medidas, según hubieran sido destinados a contener un solo cadáver o varios; el diámetro oscila de 70 cm. a 2 m. y la profundidad de 80 cm. a 2 m. En muchos casos las paredes se limitan a una o dos hiladas de piedras y el resto ha sido cavado en la tierra, en otros casos las pircas llegan hasta el fondo.

En las viviendas es también frecuente encontrar sepulcros, suelen ser más grandes y mejor hechos que los de la Necrópolis. Según los datos de Ambrosetti y Debenedetti contenían ajuares fúnebres más ricos. Se han reconstruido unos pocos, así como dos de un tipo muy especial que sirvieron a los indígenas para guardar sus cráneos-trofeos; son similares a los otros pero tienen la particularidad de que sobresalen del suelo.

VIVIENDAS.

El mayor esfuerzo de la restauración se volcó en esta clase de construcciones, a pesar de lo cual sólo se han levantado una pequeña parte de las que existieron. Con este título englobamos tanto a las que realmente fueron tales como a lugares de reunión, templos, etc., ya que su técnica de construcción es la misma y el destino a que fueron dedicadas es, frecuentemente, dudoso.

De los recintos que se calcula tuvo el Pucará se hicieron planos de la cuarta parte, pero apenas se han restaurado unos cincuenta techados, con sus correspondientes patios. Estas unidades de vivienda se agrupan en tres zonas: una en el faldeo a la entrada del Pucará, otra

alrededor de la llamada "Iglesia", situada en la parte central de las ruinas y la última en las cercanías del Monumento, en la parte más alta del pueblo.

Al iniciarse el trabajo, el aspecto que ofrecían las distintas zonas era impresionante: caótico y atrayente a la vez. De muchas paredes no quedaban más que los cimientos, otras formaban, como consecuencia de los derrumbes, montones informes de piedras y de vez en cuando un muro se alzaba, gallardamente, hasta más de dos metros de altura. Por su parte las plantas xerófilas procuraban tapar todo como para defender el conjunto con sus agudas espinas.

En general los cimientos, hechos con grandes piedras, pudieron ser utilizados, sobre ellos, que indicaban el contorno del recinto y el ancho de las paredes, se fueron levantando los muros. En esta tarea resultó de inapreciable valor la habilidad de los hombres del lugar que son magníficos pircadores. (Lámina IV, arriba). La altura que se ha dado a cada vivienda es un tanto convencional, basada en las paredes más altas que se han encontrado y en observaciones hechas en otros yacimientos de la quebrada. Debe advertirse también que en los dos últimos recintos del occidente del Pucará los muros son algo más anchos que los originales; no ha podido evitarse esta alteración porque la trepidación que los pesados trenes de carga producen al pasar a muy corta distancia derrumbó las primeras casas que se restauraron allí, los indígenas que no tuvieron ese problema hicieron sus casas con paredes menos anchas.

Los lugares techados tienen, por lo común, una sola puerta, pero se han registrado casos de dos puertas en cada uno. Nunca hay ventanas pero sí se observan, rara vez, pequeños nichos en las paredes. Las entradas estrechas y bajas, salvo en una vivienda, tienen como dinteles grandes lajas y sus vanos están limitados por piedras escogidas y, a menudo, canteadas. En algunos casos fueron cerradas con puertas de madera de cardón que giraban sobre pivotes o sostenidas por tientos; las tablas se unían con tiras de cuero de llama; otras veces debieron taparse con cortinas de cueros o tejidos.

Los techos, todos a una sola agua, tienen como sostén rollizos o fuertes tablas de cardón. Sobre estas vigas se

apoyan otras tablas del mismo material y encima cañas. Estas últimas se atan estrechamente entre sí por medio de hilo de lana de llama, que hubo que preparar especialmente, ya que los habitantes actuales lo han substituido por piolín. El cañizo se cubre con la "torta", mezcla de barro y paja cuidadosamente amasada, que forma la capa impermeable cuya duración es, por lo menos, de tres o cuatro años, al cabo de cuyo tiempo basta cubrir de nuevo el techo con una "torta" más delgada. (Lámina IV, abajo y Lámina V).

Las habitaciones dan a patios, casi todos rectangulares como ellas, de muy diverso tamaño. Tampoco faltan viviendas con una serie de patios intercomunicados. Las unidades más simples tienen un recinto techado o dormitorio y un patio; las más complejas tres o cuatro recintos techados y varios patios.

REPRESENTACIONES DE INDIGENAS.

Con el fin de dar mayor vida a la reconstrucción y hacer más fácil la evocación de lo que fue el Pucará en las épocas en que estaba habitado se proyectó colocar en los recintos figuras de indígenas de tamaño natural, con sus vestimentas típicas y entregados a sus tareas habituales.

El escultor Joaquín Luque, desinteresado colaborador, ejecutó, en cemento coloreado, una preciosa representación de un indiecito tocando la quena (flauta indígena), sentado en unas gradas en el patio de su casa (Láminas VI y VII). La figura de impresionante realismo fue ubicada en la primera vivienda restaurada, a la entrada del Pucará y constituyó un gran atractivo para los visitantes. Desgraciadamente no tardó en ser objeto de desmanes por parte de gentes irresponsables, primero fueron rasguños, seguramente para cerciorarse de qué material había sido hecho, luego le rompieron los dedos, la flauta, etc., etc.; después de haberlo restaurado varias veces hubo que retirarlo ante la imposibilidad, por falta de personal, de tener una vigilancia adecuada. Esta situación impidió seguir preparando otras figuras que ya estaban planeadas.

Al disponerse de un cuidador más, se encargó al señor

Luque que reparara la figura, la cual ha sido colocada en una de las casas del Barrio del Monumento (Láminas VI y VII), donde vuelve a despertar el interés de todos los visitantes.

Algo similar pasó con los paquetes fúnebres y sus correspondientes ajuares, que otro colaborador, igualmente desinteresado, preparó también en cemento. Estos elementos, que hiciera el señor Pablo Gregorio Haedo, fueron colocados en los sepulcros de la Necrópolis del faldeo Este (Lámina VIII) pero no tardaron en ser víctimas del mal trato. Los pucos y otros objetos, fijados con alambres disimulados en el fondo de la construcción, fueron arrancados y despedazados, en tanto que los pseudo cadáveres eran tajeados; como en el caso anterior hubo que retirarlos a la espera de mejores tiempos.

TRABAJOS COMPLEMENTARIOS.

Las obras de restauración obligaron a realizar una cantidad de trabajos de índole diversa, de los cuales citaremos algunos. En primer lugar el camino de acceso que de sendero precario fue transformado en amplia vía para automotores que llega hasta lo más alto del Pucará y termina frente al monumento a los arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti. Como esta ruta cruza el cauce del arroyo Guasamayo, en los meses de verano las crecientes la destruyen parcialmente y requiere constantes reparaciones, trabajos que en los últimos tiempos han sido eficazmente atendidos por Vialidad de la Provincia de Jujuy. La Facultad ha iniciado una gestión, favorablemente acogida, ante la Dirección Nacional de Vialidad, para el trazado de un nuevo camino que, mediante un puente, cruzará el Guasamayo más arriba y asegurará un tránsito permanente para los vehículos. Esperamos que sea realidad a corto plazo.

Asimismo, el Gobierno Provincial, presidido por el Dr. Darío F. Arias, se comprometió oportunamente a efectuar obras de defensa sobre el Guasamayo y el río Grande para proteger tanto a las ruinas como las construcciones modernas situadas a su pie. Dentro del perímetro de la propiedad de la Facultad también se han hecho otros caminos para uso interno.

En los alrededores del Monumento se llevaron a cabo una serie de trabajos para mejorar su aspecto y separarlo de la zona restaurada.

En el punto más alto del Pucará se dispuso un basamento para ubicar una estatua, representando un indígena. Con motivo de la visita realizada al viejo pueblo prehispánico, el 22 de abril de 1967, por el Excelentísimo señor presidente, Teniente General Juan Carlos Onganía al que recibió el señor Rector de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Luis A. Botet, ambos se interesaron por el proyecto y la posterior y eficaz acción del Ministro del Interior, Dr. Guillermo A. Borda, del Secretario de Cultura y Educación, Dr. José M. Astigueta y del señor Gobernador de Jujuy, Dr. Darío F. Arias, culminó con el Decreto del 11 de octubre de 1968 por el cual se encargó la obra al escultor Julio César Vergottini.

Se trata de una estatua en bronce de 4 metros de altura, representando a un aborígen en actitud de invocación o adoración al Sol. La magnífica escultura será inaugurada en breve plazo y será visible desde la ruta 9, en un recorrido de varios kilómetros.

Dada la imperiosa necesidad de disponer de una base de operaciones, tanto para los técnicos que dirigían la restauración como para los estudiosos que debían realizar investigaciones de carácter regional, se refeccionó una antigua construcción situada al pie del faldeo noroeste y que había sido un molino, obteniéndose una pequeña pero confortable Residencia; más tarde fue ampliada con otras habitaciones y galpones para depósito y talleres. Igualmente se arreglaron dos casas para uso de los cuidadores que residen permanentemente en la finca.

Uno de los proyectos más interesantes concebidos para Tilcara era la creación de un Museo Arqueológico, al que se llevarían materiales del Museo Etnográfico, especialmente de los hallados en los yacimientos jujeños. Al ceder las tierras del Pucará a la Facultad el Gobierno de Jujuy había establecido como cláusula que se destinarían a "la reconstrucción del mismo y habilitación de un Museo". Para cumplir el compromiso se prepararon planos para construir un edificio adecuado, pero más de diez años transcurrieron sin que se pudiera hacer nada positivo al respecto, a pesar de las frecuentes reclamaciones

de las autoridades jujeñas. Ante esta situación se resolvió encarar el problema de otra manera y se gestionó la transferencia de una antigua casa, situada frente a la Plaza coronel Alvarez Prado en el pueblo de Tilcara. Esta había sido donada al Gobierno de la Nación por la señora Carlota Aparicio de Colombo para destinarla a una institución cultural o a un museo. Por decreto 4933 de 12 de diciembre de 1966, el Poder Ejecutivo dispuso la transferencia y el 22 de abril de 1967 la Universidad tomó posesión del inmueble.

Las autoridades universitarias, con la base de una donación de la señora Rebecca Molinelli-Wells de Márquez Miranda, cuyo fallecimiento tanto hemos lamentado, así como con el decidido apoyo económico y técnico del Gobierno de Jujuy, refeccionaron la casa. También se hicieron las instalaciones necesarias para poder exhibir gran parte de las 3.000 piezas arqueológicas que, por disposición del señor Delegado del Rector, Dr. Horacio A. Difrieri envió el Museo Etnográfico de Buenos Aires, corriendo los gastos de traslado por cuenta del Gobierno de la provincia de Jujuy.

El 27 de julio de 1968 el Museo Arqueológico se inauguró con la presencia del Gobernador, Dr. Darío F. Arias, del Secretario de Cultura y Educación, Dr. José M. Astigueta, del Rector de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Raúl A. Devoto, del Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. Juan A. Herrera, de autoridades civiles, militares y eclesiásticas, así como numeroso público.

Con un subsidio de la Dirección Nacional de Turismo se ha efectuado una ampliación, consistente en dos grandes salas que se inauguraron, en lucido acto público, el 12 de julio de 1970 y se está preparando la edición de un folleto-guía en el que se harán conocer los antecedentes de la obra y la distribución de los materiales arqueológicos en las distintas salas.

VISITA AL PUCARA

La ubicación del Pucará en el centro de la quebrada de Humahuaca hace que ésta sea la ruta obligada para llegar hasta él, ya que el anhelado camino a Ledesma por el Este no es más que un proyecto que tarda en llevarse a la práctica y que la ruta que por Huichairas viene de la Puna sólo es transitable para vehículos durante un corto trecho.

Aunque no faltan visitantes que descienden del norte de la Provincia y del exterior vía Bolivia, la gran afluencia de viajeros procede del sur, generalmente después de una estada en San Salvador de Jujuy. A la bella capital, "la tacita de plata", otrora abrazada por los ríos Grande y Chico, límites que hoy ha rebasado con exceso, ya que sus "villas" ocupan todos los alrededores encaramándose hasta las alturas vecinas, puede llegarse por múltiples medios de transporte. El magnífico aeropuerto de El Cadillal inaugurado hace poco, es uno de los mejores de la Argentina y a él arriban diariamente aviones desde la Capital Federal que canalizan hacia Jujuy el movimiento aéreo de cabotaje y del extranjero. El tren "Cinta de Plata" del Ferrocarril Nacional General Belgrano que parte de Retiro, en Buenos Aires, después de atravesar el norte de la provincia de ese nombre y seguir por las de Santa Fe, Córdoba, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán y Salta, termina su recorrido en San Salvador. Cómodas líneas de ómnibus comunican la capital jujeña con otras ciudades del país e incluso permiten llegar desde Buenos Aires en menos de treinta horas de viaje. Para los que poseen automotores la ruta 9 les brinda un camino fácil.

Desde San Salvador de Jujuy al pueblo de Tilcara puede el visitante elegir entre la línea férrea y la ruta internacional. Los trenes comunes tardan algo más de cuatro horas, debido a lo lento de la marcha y a las largas

paradas en las estaciones, pero acaba de instaurarse un servicio de rápidos que van hasta La Quiaca y que llegan a Tilcara en la mitad del tiempo que los otros.

La distancia por la ruta 9 es de 85 kilómetros, que Vialidad de la Nación mantiene en perfectas condiciones aún en los meses lluviosos del estío. La mitad del recorrido se hace sobre camino asfaltado y están muy adelantados los trabajos para completar los tramos faltantes. En el cruce del Volcán durante el verano, a veces, hay que tomar un desvío que alarga el viaje en un par de kilómetros.

Hay dos empresas de ómnibus que realizan varios viajes diarios entre ambas localidades. En automóvil se puede hacer el trayecto en poco más de una hora. Compañías de turismo de Salta y Jujuy organizan excursiones diarias a la Quebrada de Humahuaca, en las cuales figura la visita al Pucará, desgraciadamente el tiempo que le dedican, dado lo frondoso del programa y que vuelven en el día al punto de partida, es insuficiente para conocerlo debidamente.

El ideal es detenerse por lo menos uno o dos días en Tilcara, declarada "Capital arqueológica de Jujuy" por Decreto del Gobierno de la Provincia de fecha 5 de enero de 1967, lo cual permitirá visitar el Pucará con la atención que merece y en las horas más favorables que son las de la mañana. De esta manera el viajero tendría además la oportunidad de conocer este bello pueblo y hacer excursiones a otros lugares interesantes como la Garganta del Diablo.

Tilcara ofrece comodidades de alojamiento, hay un Hotel de Turismo que construyó la Provincia, el cual tiene habitaciones con baño privado, pileta de natación y amplia sala de estar. Existen otros hoteles y residenciales: Antigal, Castañeda, Edén, Flor de Cardón, La Esperanza, Lavalle, así como varias pensiones, por lo que no es difícil encontrar alojamiento, salvo en Semana Santa y en el "Enero Tilcareño" en que es preciso reservarlo con mucha anticipación.

El Pucará dista del pueblo poco más de un kilómetro y un magnífico camino de automóviles lleva hasta la cima del cerro; en verano las raras crecientes del Guasamayo suelen interrumpirlo pero Vialidad de la Provincia

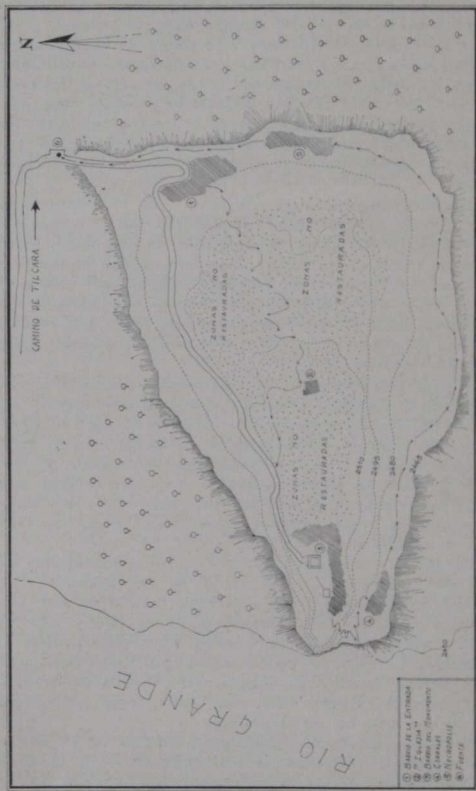


Fig. 2 — Croquis esquemático del Pucará de Tilcara con la ubicación de las zonas reconstruidas (1 a 5).

de Jujuy procede a su inmediata reparación; por otra parte siempre es posible hacer el paseo a pie.

El viejo pueblo indígena puede visitarse en el horario de 9 a 12 por la mañana y de 15 a 18 en verano y de 14 a 17 en invierno por la tarde, todos los días incluso domingos y feriados. Las tres horas permiten una recorrida completa, aunque no son raros los que vuelven más de una vez para conocerlo mejor, ni tampoco faltan los que se limitan a una rápida ojeada de media hora. Para aprovechar el tiempo al máximo se recomienda, a los que vienen por primera vez, el siguiente itinerario que puede facilitarse con la consulta de los croquis de las figuras 2 a 8.

“BARRIO DE LA ENTRADA”.

La primera etapa es el “Barrio del faldeo noreste” al que también se llama “Barrio de la entrada” por su ubicación. La parte reconstruida la forma un conjunto de nueve unidades de vivienda, en las que están representadas varios tipos, dentro de los cuales hay también variantes.

La primera que se ofrece a la curiosidad del visitante (Fig. 3, a), frente al primer recodo del camino de automóviles sobre el cual se abre su puerta de acceso, es un ejemplar típico de la unidad simple: con un patio y un recinto techado o dormitorio. En el primero, a la derecha, hay dos gradas apoyadas en la pared que marca el límite de la casa. La mitad opuesta del patio ha sido rebajada de su nivel natural para que pueda observarse un sepulcro redondo que tiene dos piedras salientes en su muro para facilitar el descenso al fondo del pozo. En la época en que fuera utilizado, el sepulcro estaba totalmente tapado con grandes lajas de las que puede verse una y cubierto de tierra encima hasta alcanzar el nivel del resto del patio. Una entrada comunica con el dormitorio, estrecha y baja la abertura se cierra con una puerta de cardón, cuyas tablas están unidas con tientos de cuero crudo de llama y el conjunto gira sostenido también por tientos. En el interior, a la derecha, hay un “poyo” o especie de banco formado por una pirca que mantiene una masa de tierra suelta; seguramente el lugar sobre el cual se disponían

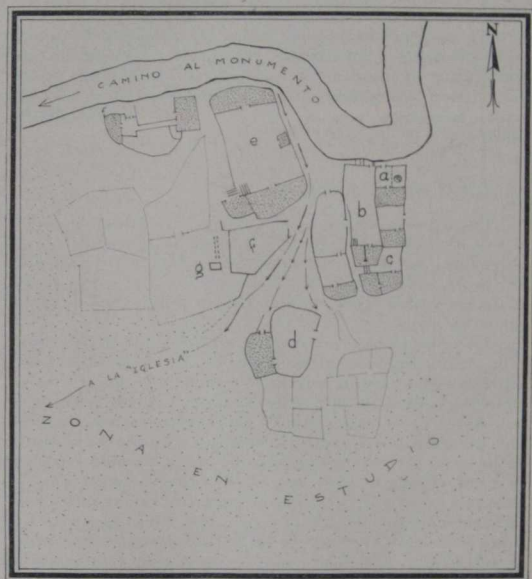


Fig. 3 — Croquis esquemático del "Barrio de la entrada"
 (el punteado indica recintos techados).

cueros y mantas para servir de cama a los dueños de casa, mientras que el resto de la familia dormía sobre elementos similares dispuestos directamente en el suelo. La ventilación estaba asegurada por los mismos intersticios que quedan entre las piedras y, seguramente, a pesar de su pequeño tamaño, esta habitación daba albergue a un buen número de personas. Es bueno recordar al respecto que la vida del indígena se realizaba, principalmente, al aire libre y que al dormitorio sólo iban a pasar las horas de oscuridad destinadas al descanso. En la pared del sur se observa un pequeño nicho, que únicamente aparece en pocas casas, debe ser de influencia incaica, lo que indicaría que esta vivienda fue construida en los últimos tiempos del Pucará. La finalidad de esta alacena, de escasa capacidad, pudo ser para ubicar allí alguna figura de piedra o cerámica relacionada con sus creencias religiosas.

La casa contigua (Fig. 3, b), a la que se llega subiendo unos escalones, tiene un gran patio y su recinto techado, de puerta muy angosta, ofrece la particularidad de que está dividido en dos partes por una pared que llega hasta el techo dejando estrecha comunicación entre ellas. El recinto más pequeño sólo tiene 0,90 m. de ancho, tanto pudo ser la parte destinada a la persona principal de la casa, que así estaría aislada de los demás, como un depósito.

Más atrás (Fig. 3, c) hay otra unidad parecida, aunque lo que fue la parte interior es del tamaño normal de las habitaciones y se comunica con la otra por una abertura también de dimensiones corrientes.

Hacia la parte alta del grupo de casas es dado admirar la habilidad de los indígenas para que cada una de ellas tuviera su propio acceso no obstante el desnivel del suelo. Actualmente el camino de automóviles ha cortado parte de las antiguas sendas, pero aún puede verse una principal que corre paralela a la gran construcción, de la que nos ocuparemos después, y al llegar a su esquina redondeada se abre en varios ramales menores que en rampa van a servir distintas viviendas (Lámina IX).

Una de estas sendas lleva a la última casa del grupo (Fig. 3, d) que presenta dos puertas, la primera sobre

un pequeño zaguán descubierto y la otra da a un patio, cosa que es poco común (Lámina X).

La unidad más compleja y grande del conjunto (Fig. 3, e) tiene una verdadera muralla sobre el camino principal ya citado, que bien pudo servir de eficaz defensa contra atacantes que hubieren superado los otros obstáculos puestos a su paso. La puerta de acceso está en el lado contrario y mediante una serie de escalones se llega primero a un pequeño recinto techado, pero sin pared frontal, que fue una antigua cocina, debiendo señalarse que es la única reconstruida hasta ahora, ya que parece que los indígenas prepararon su comida al aire libre en los patios. Bajando unas gradas más se entra a un gran patio de $13 \times 9,30$ m. y al cual dan dos dormitorios de tamaño muy grande ($10 \times 3,40$ y $11 \times 4,50$ m.), mientras que adosado a la muralla se encuentra un recinto cuyo piso es de nivel inferior al del patio, posiblemente un depósito. El tamaño de la unidad, sus grandes dormitorios y sus dependencias, a la vez que el cuidado con que han sido hechas las pircas indican que ésta fue la casa de una familia importante.

En la parte reconstruida del "Barrio de la entrada" y en sus alrededores hay muchas otras cosas dignas de interés, tales como: un corral para llamas entre las viviendas (Fig. 3, f); un pozo rectangular, bastante profundo, hecho con piedras escogidas al que se conecta una estrecha canaleta, cuya finalidad es aún una incógnita (Fig. 3, g); el principio de restauración que llevó a cabo Debenedetti en 1910; una buena extensión de ruinas, situadas hacia el sudeste, que han sido limpiadas y están en proceso de estudios; etc., etc.

BARRIO DE LA "IGLESIA".

La segunda meta de la visita es al barrio de la "Iglesia", situada en la parte media del Pucará, que es un conjunto de construcciones que son conocidas con ese nombre desde tiempo inmemorial. Efectivamente, al iniciarse las investigaciones en 1903, las gentes de Tilcara informaron a Ambrosetti que allí estaba "la Iglesia de los indios" y fue en ese lugar donde se hicieron las primeras excavaciones con muy buenos resultados.

Diremos, al pasar, que suele oírse a los viejos vecinos de Tilcara relatos referentes a la "Iglesia". Cuentan, con muchas variantes, que en ese lugar se encuentra enterrada una campana de oro y que en ciertas noches, especialmente las de luna llena, su sonido se oye a gran distancia. Lamentablemente no podemos confirmar la leyenda, ya que a pesar de haber pasado temporadas en la casa de la Facultad al pie del Pucará nunca hemos tenido la suerte de percibir el mágico tañido, lo cual quizá esté reservado a seres privilegiados.

Desde el "Barrio de la entrada" arranca un camino, señalado con flechas y la inscripción A la "Iglesia" pintada sobre piedras. Va ascendiendo entre restos de antiguas construcciones derrumbadas, cubiertas de plantas espinosas entre las que destacan su gallarda figura los cardones, en ciertas épocas coronados de flores blancas. Es un trecho de unos 200 m. que puede hacerse en pocos minutos, a los que deben agregarse los que se invierten en las detenciones a que obligan los encantos del paisaje o la profunda fuerza evocativa que se desprende de las viviendas derruidas y de los sepulcros vacíos.

A la vuelta de un recodo surgen, entre el marco desolado que representa el pasado, una serie de construcciones entre las que se destaca la "Iglesia". Hasta hace poco tiempo era lo único restaurado, pero gracias a un subsidio de la Dirección Nacional de Turismo se han podido reconstruir en sus cercanías dos grupos de viviendas.

La superficie de la "Iglesia" excede de los 200 m², con una sola puerta de entrada, con varios escalones, descubierta al realizar la restauración, que da a un amplio patio (Fig. 4, a). A su derecha hay un corral para llamas (Fig. 4, b) y un recinto techado (Fig. 4, c) en cuyo interior hubo un sepulcro, o depósito rodeado de una pirca que forma ángulos con la pared. Un muro bajo con una abertura central, separa el patio de la parte principal del edificio, donde en poco espacio hay muchas cosas; en primer término un segundo patio más reducido (Fig. 4, d), a la derecha una habitación similar a la que limita el patio anterior (Fig. 4, e) y de cuya puerta parte un corto camino enlajado (Fig. 4, f) que termina ante una mesa o altar (Fig. 4, g) hecho con piedras escogidas y muchas canteadas. Al frente otro altar menor (Fig. 4, h) y sobre la gran

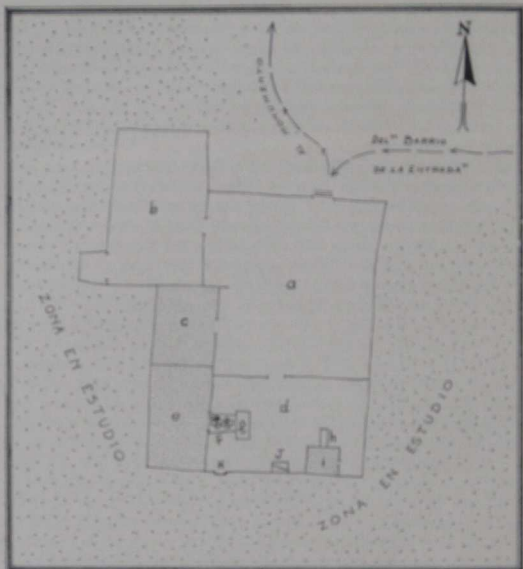


Fig. 4 — Croquis esquemático de la "Iglesia"
(el punteado indica recintos techados).

pared del sur, de casi tres metros de altura, un pequeño recinto techado (Fig. 4, i) y una de esas construcciones que fueron utilizadas para guardar los cráneos-trofeo (Fig. 4, j), semeja un sepulcro de forma cuadrada que sobresale del suelo y que estuvo tapado con grandes lajas. En el gran muro del Sur, a corta distancia de la pared del recinto techado, hay un pequeño nicho de 20 cm. de altura, de los considerados como de influencia incaica (Fig. 4, k). En la lámina XI pueden verse algunos de los elementos mencionados.

Los hallazgos realizados en la "Iglesia" en 1903 fueron muy interesantes, tales como: esqueletos enterrados sin ajuar, un vaso de fondo cónico o aríbalo, una representación de sapo en barro cocido, una llamita en piedra, vasos y fragmentos abundantes de cerámica fina y con decoración. Cuando hicimos la reconstrucción apareció, entre los escombros que rodeaban la pequeña construcción adosada al muro sur (Fig. 4, j), un cráneo-trofeo en muy buenas condiciones de conservación.

La interpretación de este conjunto de construcciones y de los hallazgos allí realizados ya fue consignada por Debenedetti al expresar que el primer patio debió ser el lugar de concentración de las gentes que acudían a presenciar las ceremonias que se llevaban a cabo en el recinto donde se descubrió el altar de piedra. Los trabajos de reconstrucción, que modifican ligeramente el plano que se tuvo al principio, no hicieron más que confirmar la tesis del maestro y la circunstancia de haberse podido identificar un segundo altar, más pequeño, frente al otro, así como el encuentro del cráneo-trofeo completan el panorama. La "Iglesia" fue construida en la época en que se hizo sentir en Pucará la influencia incaica (lo prueba el nicho en la pared y el hallazgo de cerámica incaica), lo cual lleva a arriesgar la hipótesis de que se trata de un templo en que se rendía culto al sol y a la luna, astros a que estarían dedicados los dos altares; desde el mayor puede observarse la salida del sol todas las mañanas cuando aparece sobre el cerro Negro. La existencia de entierros de adultos sin ajuar y el corral para llamas hacen pensar en habituales sacrificios de animales y quizá excepcionales de hombres. El hallazgo de un cráneo-trofeo nos prueba que su uso no desapareció en este período, como

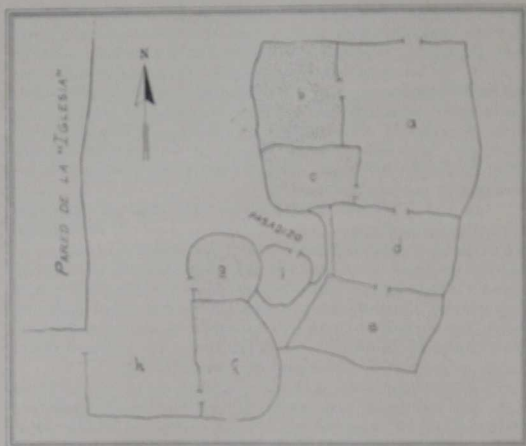


Fig. 5 — Croquis esquemático de la zona este del "Barrio de la Iglesia" (el puntado indica recintos techados).

tampoco un cierto culto a los animales, representado en este caso por el descubrimiento del sapo y la llama. Son éstos problemas que posiblemente aclaren estudios futuros.

El primer grupo de viviendas reconstruidas en 1968 se encuentra al Este del templo y es el que se avista al acercarse al Barrio. La unidad de vivienda mayor tiene acceso por una puerta que une el camino a un patio grande (Fig. 5, a), al cual dan dos habitaciones (Fig. 5, b, c); una pirca baja presenta una abertura que comunica a un segundo patio, más pequeño (Fig. 5, d) frente al cual está la puerta de una tercera habitación (Fig. 5, e). Este conjunto debió pertenecer a un grupo familiar numeroso y de buena posición.

Frente mismo a la pared oriental de la "Iglesia", en

su parte sur, hay dos viviendas (Fig. 5, f, g) que tienen salida a un patio (Fig. 5, h), limitado por el muro del templo y otro hacia el sur, en tanto que el rumbo norte queda abierto. Subiendo una pequeña pendiente, a través de un pasadizo, se llega a un lugar situado entre las habitaciones f y g por un lado y la e por otro, donde se observa una construcción pequeña, de muros de un metro de altura, sin techo, circundada por una pirca recta y la restante redondeada; pudo ser un depósito que, cuando se utilizaba, era tapado con cañizo (Fig. 5, i).

Saliendo de la "Iglesia" rumbo al Monumento se halla el segundo grupo de casas restauradas de este Barrio. La característica general es que las casas se encuentran a niveles bastante inferiores con respecto al de los caminos que las sirven. En la primera (Fig. 6, a, b) el desnivel es de 1,50 m. que se salva con una rampa suave y tres escalones.

Más allá, un pasadizo con fuerte pendiente conduce a un patio (Fig. 6, c) en el que se observa la puerta de un dormitorio (Fig. 6, d) y luego se pasa a un segundo patio (Fig. 6, e) al que da un dormitorio grande (Fig. 6, f). En este último patio se destaca un hermoso cardón de casi cinco metros de altura y varios brazos. Seguramente cuando la casa estaba habitada no existía, pero ha sido dejado, rodeándolo de un brocal de piedra, por su gran valor decorativo.

Siguiendo el camino principal, a la derecha, hay otra unidad de vivienda con dos patios comunicados (Fig. 6, g, h) a los que dan sendos dormitorios (Fig. 6, i, j).

Enfrente aparece la última vivienda del grupo, que es la que ofrece menos desnivel con el camino de acceso. Es el tipo de unidad simple, con un patio y su respectivo dormitorio (Fig. 6, k, l).

Este Barrio de la "Iglesia" no está totalmente restaurado, pero ahora forma ya un conjunto que permite apreciar mejor sus características que cuando sólo se hallaba restaurado el templo.

BARRIO DEL MONUMENTO.

Al terminar la visita al Barrio de la "Iglesia" puede tomarse un sendero que corre al norte primero y luego

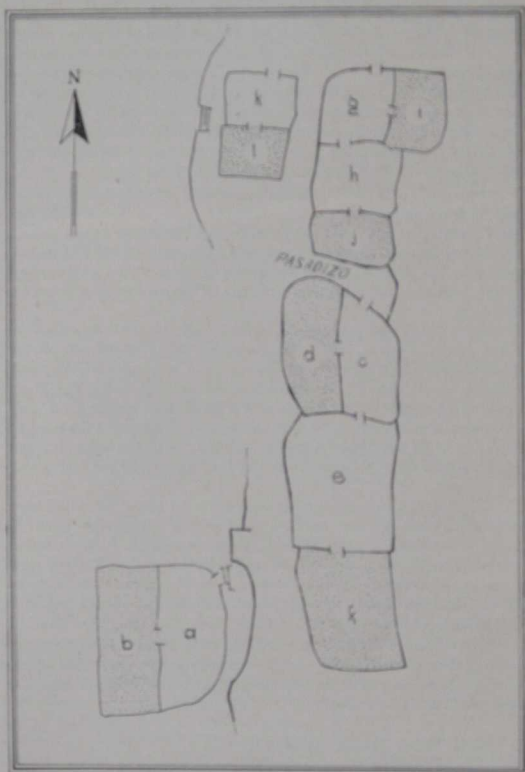


Fig. 6 — Croquis esquemático de la zona norte del "Barrio de la Iglesia" (el punteado indica recintos techados).

hacia el oeste hasta llegar al camino de automóviles que lleva al Monumento; el recorrido total entre ambos puntos es de unos 250 metros.

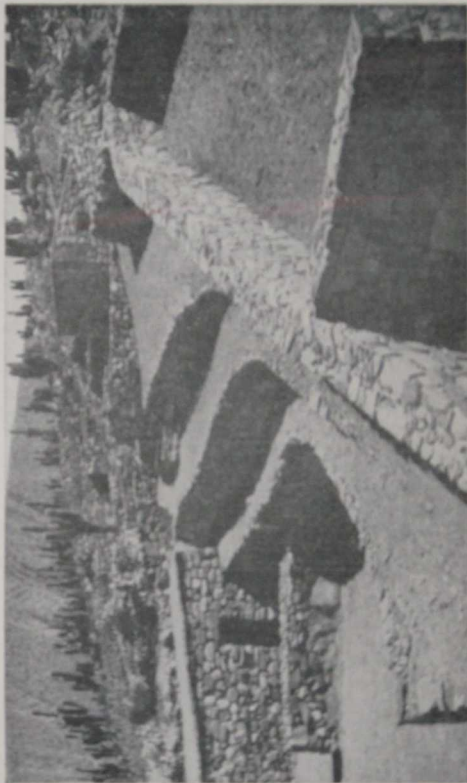
Poco antes de cambiar de rumbo, un sendero permite acercarse a una construcción, no restaurada, cuya pared más alta mide aún 2,60 m. En el lugar en que hay que tomar hacia el oeste, al lado de la piedra que ostenta la leyenda indicadora "Al Monumento", se observa un sepulcro cuadrado, cuidadosamente hecho y con parte de su tapa de lajas.

Desde allí en adelante puede divisarse un magnífico paisaje hacia el norte: primero el Guasamayo cuyo cono de deyección apenas deja ver parte del pueblo de Tilcara, luego la quebrada de Humahuaca hasta el angosto del Perchel en lo alto de cuya ladera oeste hay otro pucará, con el cual era fácil cambiar señales de humo y fuego desde el de Tilcara.

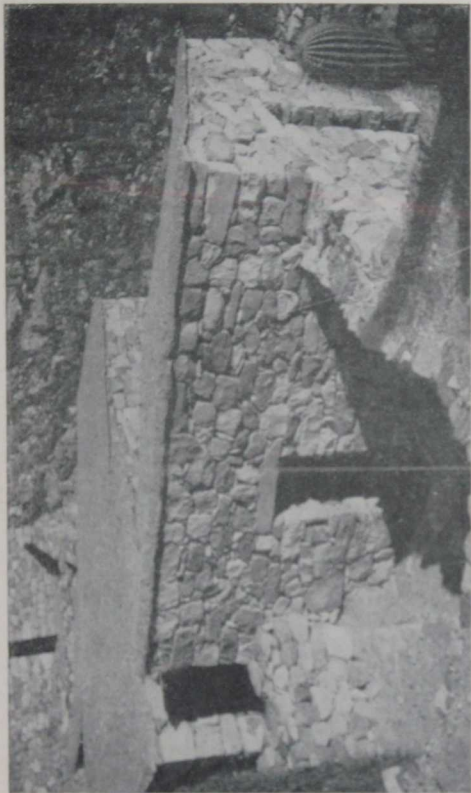
En el "Barrio del Alto o del Monumento" existen diecisiete unidades de vivienda, que, como en el caso del barrio ya descrito, pertenecen a distintos tipos y se distribuyen al este y sur de la pirámide truncada. En el lugar donde hoy se levanta el monumento a los arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti hubo también escasos restos de construcciones antiguas. Es casi seguro que el pequeño morro del oeste, en que se ha preparado el basamento para una estatua, haya sido una atalaya, ya que desde allí se dominan ampliamente los alrededores.

El Monumento, cuyos planos fueron hechos por el arquitecto Martín S. Noel, fue erigido, en 1935, por una Comisión de Homenaje que contó con la ayuda del Gobierno de la Provincia de Jujuy (Lámina XII).

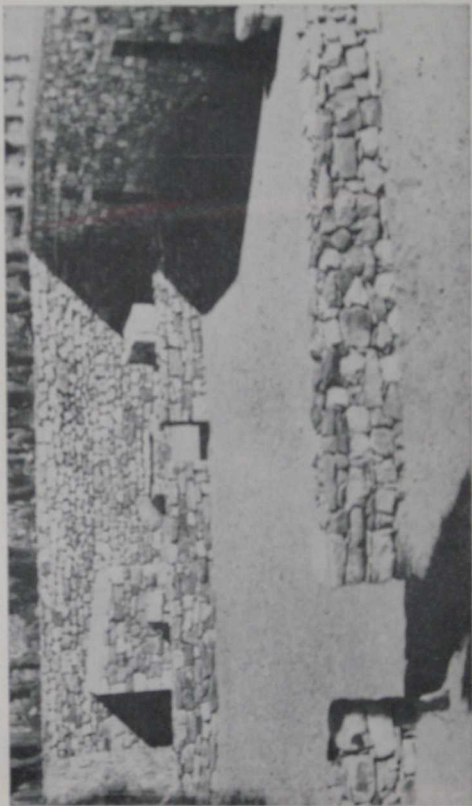
La primera unidad que conviene visitar (Fig. 7, a) tiene acceso a través de un canchón abierto que da al camino de automóviles, el cual se conecta por dos escalones con un estrecho pasillo sobre el que tiene la puerta un gran dormitorio. En el extremo opuesto de la habitación otra puerta comunica con el patio; éste es amplio, con un banco de piedra adosado a su muro norte y presenta en el ángulo suroeste un pequeño recinto en el que se descubrió, durante la restauración, el taller de un lapidario, con mucha materia prima, desechos del trabajo y varias piccitas hábilmente talladas. Es en el mencio-



Restauración de casas y sendas de acceso en la zona del "Barrio de la Entrada".
En último plano partes todavía en ruinas.



En primer plano una casa con un dormitorio de dos puertas que dan a sendos patios.



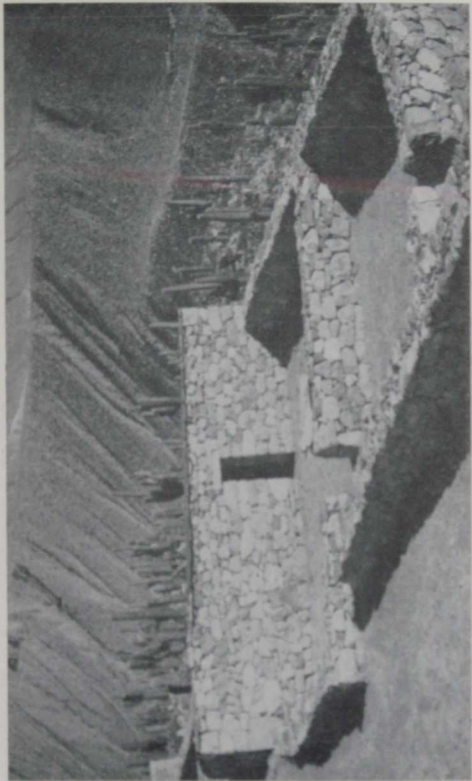
La "Iglesia". En primer plano el patio público, detrás el recinto de corramonías con los dos aljares.



La enseña patría flameando en el mástil del Monumento que está ubicado en la zona más alta del Pucará.



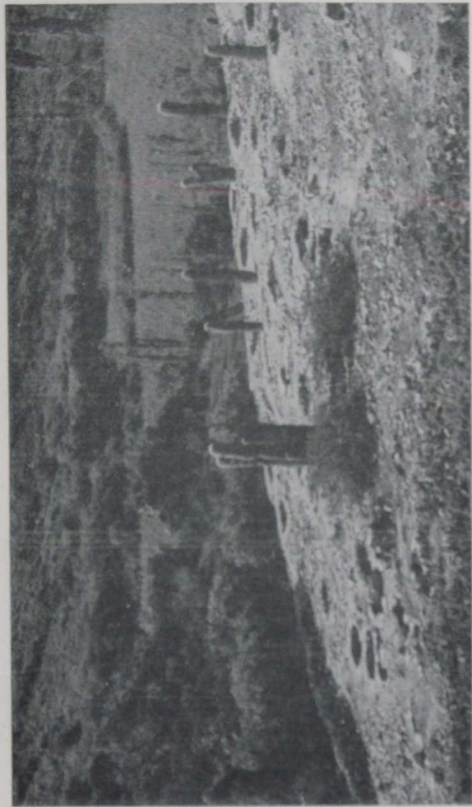
Conjunto de casas restauradas en la zona S. del Monumento.



Casa restaurada compuesta de gran dormitorio con una sola puerta y varios patios.



Aspecto de los corrales para llamas. Fotografía tomada desde la zona de viviendas de la parte alta del Puzosá.



Aspecto de parte de los sepulcros que integran la Necrópolis subicada en la falda oriental del Pucará.

nado banco de piedra donde se ha ubicado el pequeño tocador de quena al que se ha hecho referencia y que presentamos en las láminas VI y VII. Por la tarde recibe el sol de frente y aparece nimbado de luz, destacándose sobre el paisaje que le sirve de fondo.

En un patio contiguo (Fig. 7, b) se observan cuatro cuartitos dispuestos en dos pares con sus puertas enfrentadas separadas por estrecho corredor, que pudieron ser depósitos o como dicen las gentes del lugar, calabozos fáciles de vigilar. A continuación deben señalarse dos grandes patios enlajados (Fig. 7, c y d) que son los únicos que se han encontrado hasta ahora.

Con entrada por el lado este del Monumento hay una vivienda (Fig. 7, e) cuyo techo de "torta" está sostenido por tablas de cardón una junto a otra, en vez de la forma común de cañas sobre vigas de madera. En su patio hay dos sepulcros cuadrados.

La unidad más grande e interesante de este barrio (Fig. 7, f) tiene su puerta de acceso frente al ángulo sudeste de la pirámide. Después hay un primer patio al que dan dos recintos techados, el de la puerta más estrecha tiene un bajo muro interior que deja, hasta llegar a la pared de la habitación, un lugar vacío que pudo servir de depósito. En el segundo patio, muy amplio, hay un gran dormitorio con la puerta más ancha que se conoce en todo el pueblo. De esta vivienda, seguramente de familia principal, merecen destacarse los troncos de cardón que sostienen el techo y el magnífico paisaje que puede verse desde el muro sur del patio.

En el resto de las construcciones del grupo hay muchos detalles llamativos, pero sólo citaremos: el depósito para guardar cráneos-trofeo (Fig. 7, g) que se halla adosado a la pared que limita por el sur la explanada de Monumento; la curiosa distribución de escalones para dar acceso a la casa cuya puerta se abre al sudoeste del Monumento (Fig. 7, h) y la gran piedra parada (en la que actualmente se ha trazado un croquis del Pucará) que debió tener especial significado para los antiguos habitantes del Pucará. El resto queda librado al espíritu observador y sagaz de los visitantes. (Láminas XIII y XIV).

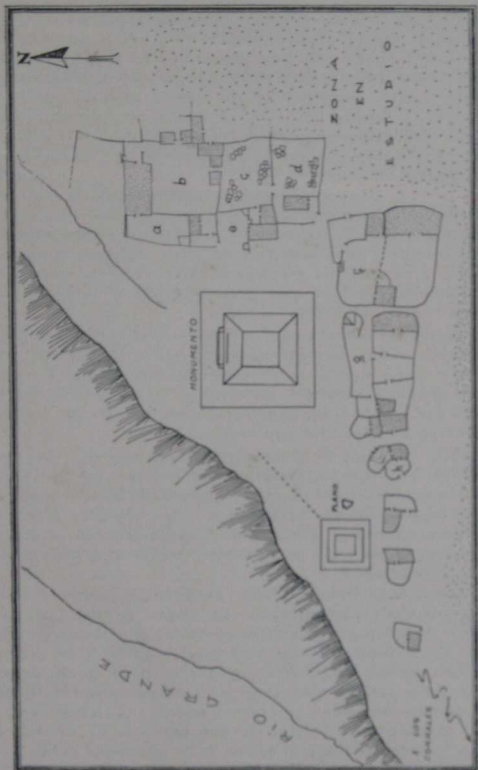


Fig. 7—Croquis esquemático del "Barrio del Monumento" (el punteado indica recintos techados).

LOS CORRALES.

De la última casa reconstruida en el faldeo oeste del Pucará, a corta distancia de los acantilados que dan sobre el río Grande, sale un camino que ha sido hecho para ir hasta los corrales de llamas, que se encuentran a unos 180 m. y cuyo conjunto puede verse a medida que se va bajando. (Lámina XV). En la época en que el Pucará estaba habitado, numerosos senderos, que aún existen, unían los diversos barrios con el lugar en que los indígenas guardaban su ganado, pero esta ruta, serpenteante, ha sido trazada para abreviar el recorrido desde la zona del Monumento, procurando a la vez que el descenso no sea demasiado difícil. Aunque esta parte del faldeo suroeste es de las que presenta menos restos de antiguas construcciones, a la vera del camino es dado observar muros de contención y pircas que pertenecieron a andenes, corrales y aun viviendas.

El primer corral a que se llega está aislado en la parte baja del faldeo. Es casi cuadrado (15 X 13 m.) con una puerta de un metro de ancho que mira al este. El suelo tiene mucha pendiente, en algunos trechos, pero ello no debió ser inconveniente para el descanso de las llamas, animales montañeses por excelencia.

Una veintena de metros más abajo hay una pequeña planicie que fue totalmente ocupada por los indígenas para la construcción de nueve corrales de diverso tamaño. Siguiendo la senda, al llegar a estos corrales conviene ir primero hacia el lado del río Grande, al cual va un camino que sirvió a los pobladores para llevar a sus animales a tomar agua.

Después de haber rodeado las últimas pircas se dobla a la izquierda para alcanzar un lugar, no muy amplio, al que tuvieron salida cuatro corrales. El primero de ellos (Fig. 3, a) comunica con otro interior (Fig. 3, b) y tiene en uno de sus ángulos un pequeño recinto, de muros bajos y sin puerta, que sirvió para colocar allí a las llamitas que los antiguos pastores querían mantener separadas, momentáneamente, de sus madres. El último de estos cuatro corrales que dan a la plazoleta (Fig. 3, e) tiene una segunda puerta que permite pasar a otro contiguo (Fig. 3, f) que a su vez tiene dos salidas al camino,

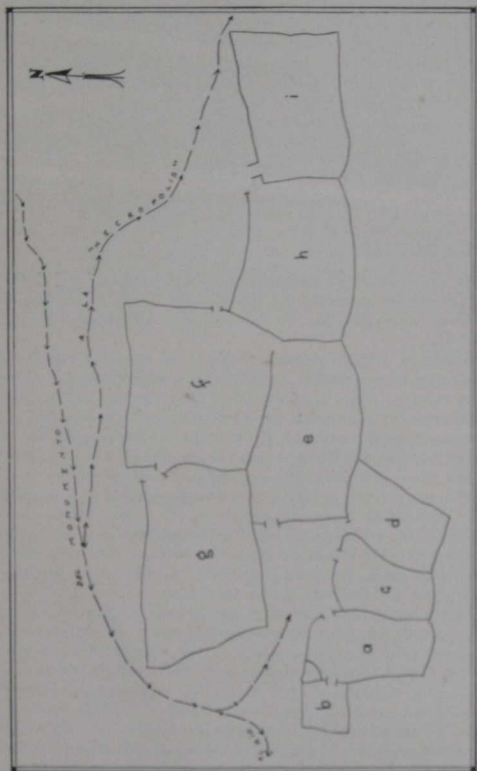


Fig. 8 — Croquis esquemático de corrales para llamas en el sudoeste del Pucará.

una de ellas coincide con la puerta de otro corral (Fig. 8, g). Siguiendo la senda hacia el este se pasa por los dos últimos corrales (Fig. 8, h, i), muy grandes, que sólo tienen una salida cada uno que da al camino que lleva al río. Debe señalarse que muchos de los corrales tienen su suelo a un nivel inferior al de la senda, pero salvar esa diferencia no fue difícil a las ágiles llamas.

La ubicación de los corrales en las cercanías del río, su distribución y comunicaciones internas, el trabajo que significó construirlos y el cuidado que se puso en hacerlos, son prueba evidente de la gran importancia que tenían para los indígenas de Pucará sus apreciadas llamas.

LA NECROPOLIS.

Al realizarse las primeras investigaciones en el Pucará se dio el nombre de Necrópolis a un conjunto de sepulcros descubiertos en las laderas orientales (Lámina XVI).

Desde el último corral continúa el camino rumbo al mencionado cementerio, casi bordeando la base del cerro, por lo cual es poco accidentado; el recorrido no pasa de 300 metros. Al transitar por el sendero se tienen dos panoramas completamente diferentes: a la izquierda las ásperas laderas del Pucará con sus cardones y restos, aunque no muy abundantes, de viejas construcciones; a la derecha un estrecho valle, que va ampliándose a medida que el visitante sigue su camino; en estas tierras hay, actualmente, cultivos de alfalfa, trigo, maíz y verduras; seguramente en tiempos remotos fueron también sembrados con maíz, patatas y quínoa, dando parte del sustento a los pobladores de la fortaleza.

Al llegar a la Necrópolis un sendero, que se separa del anterior, permite una recorrida entre el centenar de sepulcros que la componen y cuyas características han sido ya descriptas anteriormente. Sólo señalaremos que la mayoría carecen de las tapas de lajas que protegían su contenido cuando estaban ocupados y encima de las cuales se amontonaba una capa de tierra de 0,60 a 0,80 metros de espesor. Al excavarlos fueron hallados uno o más esqueletos en la posición llamada "en cuclillas" y rodeados de ofrendas consistentes en vasos de

barro cocido, armas, instrumentos, etc. Los cuerpos fueron envueltos en ponchos y mantas, atados fuertemente con sogas y tarabitas o hebillas de madera que facilitaban un mejor ajuste. La Necrópolis, por las fauces abiertas de sus sepulcros vacíos desprende un sugestivo hálito de melancolía.

Vueltos al sendero que al poco trecho se convierte en ancho camino que se conecta al de automóviles, a corta distancia del "Barrio de la entrada", el circuito de la visita al Pucará ha terminado. Pero si el cansancio de la excursión y las emociones han agotado al viajero, a la salida encuentra, bajo la sombra de un "molle" centenario, una fuente de agua fresca y bancos de piedra donde reposar unos instantes, para ya recuperadas las energías dar al Pucará el saludo de la despedida definitiva o el de un "hasta pronto".



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LA IMPRENTA
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
EL 4 DE MAYO DE 1971

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

RECTOR

DR. ANDRES A. SANTAS

RECTOR SUSTITUTO

ING. ANTONIO MARIN

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DECANO

DR. ANGEL A. CASTELLAN

DECANO SUSTITUTO

DR. ALBERTO FREIXAS

MUSEO DEL PUCARA

DIRECTOR

DR. EDUARDO CASANOVA